

Suena el teléfono y tiembla su cuerpo desnudo. Viene tu voz amada atravesando mares y países, lejanías y olvidos, hasta llegar a mi, a nuestra habitación, empobrecida por el recuerdo, alegrando las hojas del jardín, tocando las páginas, de tus libros dorados, limpiando el rocío acumulado en los cristales y transformando por una gracia tuya, el aparato telefónico en una rumorosa flor.

Nosotros no llamaríamos a esto *Poesía menor*. Es, simplemente, poesía. De la auténtica. Lo que resulta menor, es el tono. Un tono asordinado, íntimo, que campea a través de casi todas las páginas, y que sólo asciende a determinadas sonoridades en los cantos finales, muy hermosos, por cierto, con que el poeta canta los pinos de su tierra y el concepto elemental, entrañable, de una patria lejana.

La poesía de Oscar Acosta entra, por derecho propio, en la riqueza auténtica de la lírica centroamericana. Acosta es, actualmente, Director de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, y su apartado postal, en Tegucigalpa, es el N. 408.

HUGO LINDO.



Altasombra, por JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.
Ministerio de Cultura. Departamento
Editorial. San Salvador, El Salvador,
C. A., 1958. 170 págs., de 21 × 15 cm.

EL DEPARTAMENTO EDITORIAL del Ministerio de Cultura de la República de El Salvador, cuyas ediciones ya han logrado justo prestigio en América, rinde ahora un conmovedor homenaje a la poesía chilena, en la persona de nuestro Embajador en aquel país, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, al publicar su libro *Altasombra*.

La presentación de la obra, dentro de la *Colección poesía*, no deja nada que desear. Excelente papel, buenos tipos de imprenta, texto cuidado y buen gusto general.

El poeta de la conocidísima "Canción" presenta aquí casi cuarenta cantos de muy delicada tesitura. Como bien se indica en las palabras iniciales, él

reafirma aquí sus condiciones de penetración y delicadeza. Es toda una poesía construida de sugerencias, de sutiles movimientos recónditos, de nostalgias y de motivaciones casi cotidianas que han ido, paulatinamente, ahondando en la sensibilidad creadora:

Jardinero frustrado,
no es hora de nacer y hemos nacido.
Vuelan espadas ciegas por el aire.
Traen sangre los ríos.
Confiados en tus manos
estábamos dormidos
en el milagro fiel de la semilla.
Tú eras el dueño de nuestro destino.
Nos llamaste a deshora
y hacia ti hemos venido.
Sálvanos tú, si puedes, de la muerte,
del crimen y del frío.
¿Tú no sabías nada
de nuestro tallo fino,
de nuestra piel delgada
como la de los niños?
Jardinero frustrado,
que se te apague el alma con el mismo
frío que nos rodea
y que nos ciñe, con el mismo frío!

Desde que en 1914 publicara su primer libro de versos, *Junto al brasero*, Guzmán Cruchaga ha venido alquitarando, sutilizando cada vez más sus concepciones poéticas. Y si bien es cierto que la línea temperamental no ha sufrido mutaciones ostensibles, sí puede verse, recorriendo las páginas de *Aventura*, *María Cenicienta* y de este libro que hoy comentamos, *Altasombra*, el crecimiento de una dimensión de nostalgia: un velo de suave dolor, de apagada tristeza, se ha venido tejiendo al través de los años. Desde el ángulo formal, cabe anotar que Guzmán Cruchaga, dueño de amplios recursos literarios, no se enreda en sonoridades innecesarias ni en retóricas vacías: ha sabido, con flexibilidad ejemplar, desembarazarse de lo que lleve sello de prejuicios formales, y estar al día —también sin estridencias— con las nuevas modalidades expresivas.